

Fray Luis de León

* Simulación de un viaje por el tiempo realizado por un periodista económico, a través de un programa de realidad virtual capaz de reproducir el comportamiento pasado de la economía. Incluido en el libro *Momentos estelares de Econolandia*

Al volver al mundo real del Centro de Inteligencia el profesor Juan Macro y yo comentamos nuestras respectivas experiencias. Por su parte, estaba altamente impresionado de su módulo de conversación con Fray Luis. Según me contó, tenía algunos puntos en común con Teresa de Jesús. Para empezar, también él descendía de judíos conversos y era indomable en la defensa de sus convicciones, algunas de ellas no demasiado ortodoxas para el pensamiento de la época, lo que terminaría dando lugar a un proceso por parte de la Santa Inquisición.

Era algo más joven que la Madre Teresa. En 1570 Fray Luis cumplía 43 años, doce menos que la Santa. En la Universidad de Salamanca, donde él es catedrático, hay una gran pugna doctrinal (e incluso personal) entre agustinos, su Orden, y dominicos. Será al año siguiente en 1571 cuando dos dominicos lo denuncian a la Inquisición (que maneja su Orden) por presuntas desviaciones heréticas. Desmenuzarán durante cinco años el texto de sus lecciones de clase y las proposiciones incluidas en la polémica Biblia de Vatablo, que él ha contribuido a editar en Salamanca hace ahora sólo un año. Se trataba, en último término, de acabar con la tendencia de una interpretación bíblica abierta que se defendía cada vez más en la Universidad. En 1577 reanuda, por fin absuelto en un largo proceso de 1.750 días, sus clases en Salamanca con esa frase que ha hecho historia: “Decíamos ayer...”.

Al parecer, lo primero que le dijo Fray Luis en su entrevista es quiénes eran sus enemigos:

- Desde hace tiempo tengo desavenencias públicas con dominicos y jerónimos, en especial por disputas en mi oposición de cátedra y en mis juicios como miembro de los tribunales posteriores en que intervine, aparte de ciertas discrepancias ideológicas. Pero lo que verdaderamente se dilucidan no son asuntos de fe sino más bien rencillas de cátedra, amores propios heridos y, por supuesto, dineros contantes y sonantes. Enemigos míos son esos ganapanes, felices con los doscientos ducados, más otros gajes e influencias que les proporciona la cátedra, a cambio de farfullar lecciones rutinarias. Individuos que después que han habido sus cátedras no tienen cuidado de estudiar ni aprovechar a los estudiantes.

Los doscientos ducados de una cátedra en Salamanca no eran, desde luego, ninguna cantidad despreciable. Como referencia inmediata tenía los 38 ducados por monja y año de un convento de las carmelitas de Santa Teresa. Además, el propio Fray Luis había reconocido que muchos estudiantes de Salamanca vivían con sólo un par de ducados al mes.

En la conversación salieron múltiples temas, como la alta proporción de religiosos; la comparación entre la Universidad de Salamanca y otras nacionales y extranjeras; o los recuerdos de su tesis doctoral y de su oposición a cátedra.

Según admitió Fray Luis, las vocaciones religiosas muchas veces eran simple motivo de supervivencia. En un latín macarrónico, un dicho popular conocido decía que “si arribas al monacatum, garbanzum aseguratum”. Pero además, para una familia acomodada la vía religiosa era norma social el utilizarla para segundones e hijas. El mayorazgo, al concentrar todos los bienes de una herencia indivisible, era toda una garantía para el primogénito, pero los otros hijos varones debían buscarse la vida y para las hijas era preciso disponer de una buena dote para su casamiento. Más barato era una dote para un monasterio. Conocía Fray Luis el caso de la Madre Teresa que entró a las carmelitas de Ávila con una dote de 200 ducados. Lo cierto es que por auténtica vocación o por razones de supervivencia era bastante factible que en una familia con tres o cuatro hijos, como era habitual, al menos uno siguiera carrera religiosa, bien en la iglesia secular o en la regular (reglada) de las diferentes ordenes de monasterios y conventos. En total se calcula que en España habría unos 40.000 curas, 25.000 frailes y otras tantas monjas.

Respecto a la comparación entre Universidades, Fray Luis admitía el prestigio internacional de la de la Sorbona, con sus nuevos métodos de enseñanza, al que llaman «modus parisiense». Comparativamente reconocía que allí se realizaba una enseñanza más personalizada, estimulando la participación de los alumnos con todo tipo de preguntas. Además, los costes por asistir a sus clases eran comparativamente más baratos, promoviendo el acceso de gentes de toda condición, nobles o plebeyos. La indignación de Fray Luis llegó a un alto punto cuando pasó a comentar el decreto por el que, ya hace once años, se prohibía a los españoles estudiar en universidades extranjeras. A pesar de todo, algunos nuevos vientos parece que soplaban en las universidades españolas de más reciente creación, como la de Alcalá que no llega ni a los 40 años de vida. Fray Luis, que había estudiado en ella, ponderaba la visión del Cardenal Cisneros al establecerla, y destacaba que la mayoría de los maestros admiraban y seguían en sus enseñanzas a Erasmo de Róterdam, el principal de los humanistas y una fuente de ideas renovadoras.

Juan Macro, como profesor universitario, estaba interesado en los recuerdos de Fray Luis sobre su tesis y su oposición a cátedra.

- Mira, hijo mío, mi graduación la tuve a los treinta y tres años aquí en Salamanca y según las normas tradicionales de pasar la noche en vigilia en la capilla de Santa Bárbara. Al alba y ante los maestros defendí mis proposiciones, durante toda la mañana y parte de la tarde, en relación con mi tesis sobre el *Libro de las sentencias* de Pedro Lombardo. Al final los maestros mostraron sus bolas de votación y todas llevaban la letra A, no habiendo ninguna R de reprobado. Salí, como era costumbre por la puerta grande de la catedral, escoltado por maestros y amigos con seis trompetas y otros tantos atabales según autorizan los estatutos de la Universidad. Renuncié, en cambio, al también habitual caballo ricamente enjaezado, así como a que se corriesen toros. No hubo comida con los examinadores ya que cuando el grado es de Sagrada Teología se sustituye, por respeto, con un tanto en dinero.
- ¿Y en relación con la cátedra? -le preguntó Juan.
- La cátedra fue harina de otro costal. Aquel mismo año oposité a la de Biblia, a la que nos presentamos ocho candidatos, y no fui elegido. Un año y medio después me presenté, con otros seis opositores, a la de Teología dedicada a

Santo Tomás y la obtuve con mucho exceso de votos: 108 frente a los 55 del segundo. Algunos de mis contrincantes eran dominicos y nunca me perdonaron mi plática final en que me despaché a gusto contra ellos, aparte de que conmigo perdían el casi monopolio que tenía su orden en Salamanca. Hace cinco años decidí presentarme a la cátedra Durando que gané frente al candidato dominico. Ahora entenderá por qué puedo tener algún proceso futuro por parte de “su” Santa Inquisición.

Al terminar el relato de su entrevista con Fray Luis no pude dejar de pensar en que aquella docta Salamanca de que hablaban tenía poco que ver con la situación cultural de la España profunda, en que la mayoría de la población seguía siendo analfabeta. Peor aún; aprender a leer y escribir costaba unos cuatro reales por niño y mes, es decir unos 5 escudos al año, cifra fuera de las posibilidades de la mayoría de las familias.

Antonio Pulido, *Momentos estelares de Econolandia*